

CORRELATOS EMOCIONALES Y RELACIONALES DE LAS HABILIDADES SOCIALES EN LOS NIÑOS ARGENTINOS

Annie Schulz de Begle

Introducción

En las últimas décadas se ha dado una considerable importancia a las habilidades sociales infantiles, tanto en el ámbito clínico como en el de la investigación y del desarrollo de programas de intervención. El creciente interés por esta variable surge del hallazgo de que existen relaciones estrechas entre el desarrollo de las competencias sociales de los niños y su posterior funcionamiento social, académico y psicológico, llevando a que se comience a reconocer la importancia de las habilidades sociales y los comportamientos interpersonales como requisitos para una buena adaptación en la vida (Michelson et al., 1987; Rose-Krasnor, 1997). Por otro lado, se sabe que las habilidades sociales son una diferencia individual que puede tener efectos profundos en la naturaleza de las interacciones con los demás como así también con el bienestar emocional de las personas (Segrin & Taylor, 2007). Dada la creciente importancia de estas variables, el tema central de este capítulo consiste en el estudio de la relación entre las habilidades sociales y los recursos emocionales y relacionales del niño.

Habilidades sociales

Respecto de la definición de habilidades sociales, son muchos los autores que han notado la gran amplitud y variedad de definiciones usadas para describir este concepto (Caballo, 2005; Merrell & Gimpel, 1998, Michelson et al., 1987; Rose-Krasnor, 1997), lo cual sin duda ha creado dificultades metodológicas en el estudio, evaluación e intervención de las habilidades sociales. Según Merrell y Gimpel (1998), las habilidades sociales se encuentran entre los constructos psicológicos más ampliamente malentendidos e incorrectamente definidos. Si bien los investigadores no han logrado aún ponerse de acuerdo y existen decenas de definiciones, la más comúnmente citada es la que postulan Michelson et al. (1987), quienes expresan que estas habilidades representan un repertorio de conductas

verbales y no verbales mediante las cuales el niño incide en su entorno, logrando obtener, suprimir o evitar consecuencias deseadas e indeseadas en el ámbito social y a través de los cuales los niños se incluyen en las respuestas de otros. Rose-Krasnor, Rubin, Booth y Coplan (1996) identifican dos ejes centrales que unen las distintas definiciones de habilidades sociales, el primero es la efectividad social, es decir, la habilidad del niño de satisfacer sus propias necesidades durante la interacción social, y el segundo se refiere a la medida en que las interacciones del niño con los adultos y pares son positivas y muestran interés y apoyo de forma apropiada. En este contexto, estos autores desarrollaron la siguiente definición que resume las demás: las habilidades sociales son las habilidades para alcanzar metas personales en la interacción social manteniendo simultáneamente relaciones positivas con los demás a lo largo del tiempo y en diversos contextos.

La primera característica que mencionan los expertos al introducir el concepto de habilidades sociales (Caballo, 2005, García Vera, Sanz, & Gil, 1998; León Rubio & Medina Anzano, 1998; Michelson et al., 1987; Richaud de Minzi, 2005, 2006) es su propiedad de poder ser aprendidas o adquiridas, es decir que no son patrones rígidos preestablecidos de la personalidad, sino que son comportamientos o características conductuales adquiridas y susceptibles de ser desarrolladas.

El ser humano es un ser social cuya personalidad se va construyendo a través del contacto y la confrontación con otras personas, hasta el punto de que es la interacción social el aspecto más importante de la socialización, lo que implica, por un lado, que las personas deban poseer unas adecuadas habilidades sociales que les permitan interaccionar positiva y eficazmente con los demás, y por otro, la necesidad de que [la familia] enseñe a los niños y niñas tales habilidades, y que lo haga cuanto antes, puesto que la eficacia del entrenamiento de las habilidades sociales en la infancia es claramente acumulativa, así como son también acumulativas las dificultades derivadas de la posesión de unas inadecuadas habilidades sociales (Ovejero Bernal, 1998, p. 169).

Un niño competente será capaz de (a) comprometerse en una estructura grupal de pares y participar en actividades de orientación grupal, (b) involucrarse en relaciones satisfactorias construidas sobre interacciones equilibradas y recíprocas y (c) satisfacer metas y necesidades individuales y desarrollar un medio preciso y productivo de entendimiento de las experiencias con los pares, tanto a nivel grupal como diádico (Rubin,

Bukowski, & Parker, 2006).

Por otro lado, “los niños que carecen de los apropiados comportamientos sociales experimentan aislamiento social, rechazo y, en conjunto, menos felicidad” (Michelson et al., 1987, p. 18).

Aspecto emocional

Si bien el presente estudio está enmarcado en la psicología positiva, particularmente en el estudio de los recursos psicológicos, se decidió incorporar algunos componentes emocionales negativos como una manera de analizar la vulnerabilidad a la que el niño está expuesto si experimenta un pobre desarrollo de sus competencias sociales.

La soledad es considerada, en primer lugar, una experiencia personal subjetiva, en la cual lo que realmente influye es la calidad e intimidad de los vínculos y no su cantidad (De Jong-Gierveld, 1987). Weiss (1973), distinguió entre la soledad debida al aislamiento emocional y la soledad debida al aislamiento social. La primera surge en la ausencia de apego emocional significativo con otras personas, mientras que la segunda se desarrolla por la ausencia de una red de apoyo social representativa.

Se ha observado que el experimentar soledad e insatisfacción social en la niñez media es un fenómeno relativamente estable, no es un estado de humor pasajero sino un fenómeno que caracteriza las experiencias sociales de un niño a lo largo del tiempo (Renshaw & Brown, 1993). Según estos mismos autores, se requiere de tiempo para que los sentimientos de soledad se desarrollen. Es factible que en un principio las dificultades interpersonales lleven al niño a desarrollar sentimientos leves de soledad. A largo plazo, si estas dificultades continúan, la soledad se vuelve extrema. Esto concuerda con lo que afirman Anderson, Horowitz y French (1983), acerca de que en el concepto de soledad está implicada la noción de déficit en habilidades sociales, y Rubin, LeMare y Lollis (1990), quienes sugieren que las dificultades sociales relacionadas al aislamiento y la inhibición de la responsividad social pueden crear condiciones que conducen a la soledad.

Otra de las emociones negativas incluidas en este estudio fue la depresión. En este caso, por estudiársela en su función de emoción negativa, no se evaluó la depresión clínica o patológica, sino la presencia de síntomas depresivos en la población normal. La importancia de incluir esta variable radica en que el estado depresivo en la infancia puede incapacitar el bienestar psicológico y la calidad de funcionamiento del

